

Ni lo uno ni lo otro: la identidad escindida de los hijos del exilio

Camila Bunster Danklefsen
Universidad de Chile
cdanklefsen@ug.uchile.cl

Mucho se ha escrito sobre la construcción de identidades personales, colectivas, nacionales, pero en este caso me gustaría evitar las elaboraciones más desarrolladas y remitirme solo a un párrafo, que encontramos al ingresar al blog “Hijos de la memoria”, y que, en este caso, resulta terriblemente apropiado:

La Identidad es aquella casi indefinible calidad que nos hace sentir en casa y entre hermanos cuando compartimos un vino, un chiste, una palabra de doble sentido y sabemos que las mismas calles y las mismas fechas apelan a una memoria compartida. Así es que sabemos quiénes son y por qué se dieron a ciertas plazas y regiones los nombres que aparecen en la señalética y somos capaces de comprender cada palabra que intercambiamos. Fuera del terruño, nada de esto es posible...¹.

Hoy yo soy Camila Bunster, hija de César Bunster, ex frentista participante del atentado a Pinochet, pero hasta el 2004 era Camila Danklefsen, hija de Enrique Miriel, intérprete inglés-español, un hombre como cualquiera.

¹ <http://hijosdelamemoria.blogspot.com/>

Nunca me pareció sospechoso que mis padres no tuvieran la misma nacionalidad, ni tampoco el hecho de que a mis cortos años de edad mi mamá y yo tuviéramos que dejar Dinamarca para venir a reunirnos con mi papá en Chile. En 2004, mi hermano menor y yo, a nuestros diez y catorce años, nos enteramos por accidente de la verdadera historia de mi papá en el momento en que su caso estaba siendo revisado, pero la prescripción –luego de diecisiete años de clandestinidad– aún no había sido aprobada. A nuestra corta edad tuvimos que prometer no decir una palabra a nadie de esta tremenda noticia que repentinamente nos había caído encima. A pesar de que mi mamá recalcará de manera insistente la delicadeza y también el peligro que caracterizaba al asunto, nosotros éramos demasiado chicos para poder entenderlo; la reacción inmediata de mi hermano fue estallar en risa, porque el nombre le causaba mucha gracia, ya que en ese tiempo estaba muy de moda una canción de *31 minutos* llamada “Bailan sin cesar”. Irónicamente, cuando algunos meses después estalló la bomba noticiosa, el principal artículo, vicioso y malintencionado, publicado por *La Nación Domingo*, tenía en su portada una foto de mi papá que había sido adulterada de modo que le habían puesto un pasamontañas negro encima y en letras rojas el titular decía: “Bailaron con César”.

Nadie nunca cuestionaría la identidad de sus padres, menos a los catorce años, aun si hubieran razones lógicas para hacerlo, pero sí puedo decir que repentinamente todo había cobrado sentido, piezas que –sin que yo estuviera totalmente consciente de ello– andaban sueltas por ahí, ahora encajaban perfectamente. Siempre supe cuál era la posición política de mis papás, así que eso no me sorprendía, y a la luz de esta nueva información había muchos detalles que adquirirían nuevos significados. Cuando a finales de ese año llegamos del colegio y nos encontramos con mi papá con pelo liso, sin barba, sin lentes, mi hermano, asustado, se acercó a mi mamá para preguntarle al oído quién era ese señor que estaba en su pieza.

Con el pasar de los años me fui enterando de los detalles de la vida de mi papá, y repentinamente pude entender por qué a mis pocos años me arrancaron de la sociedad danesa en la que yo había nacido –la que conocía, cuyo idioma hablaba y donde se encontraba toda mi familia– para traerme a Chile, un pequeño país al fin del mundo en el que yo no conocía ni entendía nada. Había que volver a la patria, había que reconstruir la democracia.

La noción del espacio resulta un elemento fundamental en la construcción de una identidad no solo nacional y colectiva, sino también individual, un cuarto propio, un país propio, un pedazo de tierra al cual aferrarse, con el cual identificarse, del cual estar cerca o lejos, un referente. El exilio, al cual se vieron sometidos tantos chilenos y latinoamericanos durante las décadas setenta y ochenta, imponía una lejanía forzosa respecto de ese referente. Según dice Tania Ghanem:

Refugees distinguish themselves from “regular” migrants in that they leave their country mainly due to push factors rather than pull factors. Before being forced *immigrants*, refugees are first and foremost forced *emigrants*; before being asylum-seekers, they are home-escapees; before fleeing to safety, they are fleeing from life-threatening circumstances (21).

Esto se puede complementar con la descripción que utiliza Julia Potocnjak, que precisa:

El destierro busca como objetivo desarraigar grupos de personas comprometidos con un proyecto de cambio social, separándolos de su base política, cultural, familiar, etc., dificultando así su acción y su concertación al dispersarlos a través del mundo (15).

El sinnúmero de sufrimientos que se padecen en el exilio debe resultar, para quienes no lo hemos experimentado en carne propia, inimaginable. Ser desterrado por la tiranía, ser sometido no solo al extrañamiento lógico de estar lejos del hogar, sino a la imposibilidad de regresar, sabiendo las atrocidades sufridas por los compatriotas, por los compañeros, temiendo siempre cada noticia que llega desde lejos. Paula Larraín es una periodista hija de chilenos que vivieron su exilio en Dinamarca, autora de un libro titulado *I morgen skal vi hjem (Mañana nos vamos a casa)*, en el cual narra cómo su familia tuvo que huir de Chile teniendo ella solo cuatro años y cómo se desarrolló su vida en un país tan alejado del suyo. Una de las escenas que la autora recuerda como determinante en su infancia es la de la temida llegada del correo, de cómo las manos de su madre temblaban al abrir las cartas y de cómo la veía desmoronarse completamente con noticias de nuevos detenidos, nuevos torturados, muertos, desaparecidos. Ser expulsado del país al cual se pertenece debe ser terrible en cualquier circunstancia, pero peor aún si el país de acogida está al otro lado del mundo, alejado en términos geográficos y culturales del país de origen.

Al provenir de Chile y llegar a Dinamarca el desajuste era muy notorio, se trataba de un país con una historia que en nada se asemejaba a la propia, con una tradición, costumbres, comidas, música, lengua, que no tenían nada de familiar. Las calles, los paisajes, los olores, la forma de relacionarse con los otros, todo resultaba totalmente ajeno para Paula y su familia, que probablemente apenas sabrían de la existencia del pequeño país escandinavo antes de su huida. Larraín cuenta cómo el hecho de hallarse en un país tan absolutamente desconocido tenía como consecuencia la idealización del país de origen: para ella Chile era el lugar de la cordillera más bonita, de la comida más sabrosa, de la gente más solidaria y amable. La necesidad de reivindicar el espacio perdido hacía que en el exilio su familia pareciera más chilena de lo que alguna vez había sido en Chile; los símbolos nacionales, bailes y comidas, eran un motivo de orgullo en un nivel en que no lo habían sido antes. Según indica Ghanem:

The irony of exile is that the geographical distance from one's country of origin often brings the forced migrant emotionally closer to it, sometimes even closer than before his/her flight. Nationalism is an extreme manifestation of this tendency and often originates from a condition of estrangement in the host country. To quote Said once more: "Nationalism is an assertion of belonging in and to a place, a people, a heritage. It affirms the home created by a community of language, culture, and customs; and, by so doing, it fends off exile, fights to prevent its ravages" (27).

Paula cuenta que, ya pasado un buen tiempo desde su llegada, sus padres seguían sin aprender bien el idioma a pesar de sus esfuerzos, no se relacionaban mucho con los daneses, sino que mantenían estrechos lazos con la comunidad de chilenos. En la casa se hablaba solo español y nunca fue necesario adoptar los elementos culturales del país en que se encontraban, porque de todos modos la dictadura ya estaba pronta a caer y en cualquier momento volverían a casa. Si bien hay muchos exiliados que logran integrarse a la comunidad que los acoge, no es menos cierto que hay un porcentaje considerable que nunca lo logra. Larraín cuenta cómo de niña sentía rabia hacia los daneses que perjudicaban a sus padres, haciéndolos sentir inferiores y desadaptados ya fuera por su acento o su color de piel. Finalmente, la familia de la autora, compuesta por madre, padre y hermana, se ve totalmente desintegrada, siendo ella la única

que decide quedarse en Dinamarca. Su padre, que solía ser un hombre alegre e imponente, había perdido toda confianza en sí mismo y vivía considerándose inferior. Eventualmente llegó a sentirse tan miserable que no le quedó otra opción que volver a Chile para recobrar su gusto por la vida. Esto es particularmente significativo, porque nos permite establecer una diferencia vital: los exiliados adultos (en su mayoría, dado que a pesar de que podemos aventurar generalizaciones, estas nunca serán más que eso) no tienden a desarrollar profundos conflictos identitarios estando en el exilio; es más, según hemos visto, no solo no son menos chilenos sino que lo son más; su sentido de pertenencia se ve reforzado por el contraste con el país en el que se encuentran y, al ver amenazada su integridad nacional, se adquiere una actitud reivindicativa frente a ella, lo cual se traduce muchas veces en el rechazo a obtener una nueva nacionalidad. Los exiliados tienen un origen claro, raíces, e incluso aquellos que finalmente rehicieron sus vidas en el extranjero —formando familias interculturales, obteniendo la nacionalidad del país que los acogió, etc.— fueron siempre chilenos que vivían fuera de su país, pero chilenos al fin. El verdadero conflicto se genera cuando aquellos que han permanecido largos años en el exilio deciden volver a su país. Estudios han demostrado que es muy común que, al momento de ser expulsado de la patria, el sujeto congela la imagen que tiene de su país, y que solo a través de la mantención y la idealización de esa imagen logra sobrevivir a los años de ausencia. Aquellos que se han sentido extranjeros, fuera de lugar, y que han añorado cada día volver a casa, puede imaginarse que únicamente pisando la tierra anhelada los problemas se resolverán, que la reinserción se dará de modo natural y sin mayores roces, que el país que dejaron es el país al que regresan.

Sin embargo, en primer lugar viajar de vuelta no es solo restituir un orden que se ha roto, no se trata de un regreso sin más, sino de una nueva partida, una nueva ruptura de lazos con seres queridos, esta vez en el país de acogida. En segundo lugar, el país al cual se regresa no es el paraíso dorado que se tiene en la memoria; aquellos que tenían su patria en la Unidad Popular se ven tan despatriados en el Chile de los noventa como en un país al otro lado del mundo. Los años de dictadura han cambiado las condiciones sociales a tal punto que en muchos casos los familiares de los retornados querrán evitar hablar del motivo de la partida inicial. El regreso puede desencadenar, tanto en los retornados como en sus familiares, la rememoración de todos los horrores a los que han sido expuestos. Dice Ghanem: “While exile allowed the forced migrant to

escape his past, return compels him/her to deal and come to terms with it. During that time, the reconstruction of one's links to 'home' is seldom a straightforward, spontaneous and effortless process" (24). Pero no es solo el país de origen el que ha cambiado. Tras vivir años en sociedades totalmente distintas, el exiliado regresa con una carga cultural adoptada inconscientemente; las experiencias del exilio, probablemente más amargas que dulces, determinan que los hombres y mujeres que se despidieron de su tierra no sean los mismos que ahora regresan a ella. Se produce un desajuste irreparable entre el regresado que no logra reconocer su tierra y la tierra que tampoco lo reconoce a él. Es posible aventurar que es en este punto donde se crean los mayores conflictos a nivel identitario. El estudio de Tania Ghanem se basa en testimonios de sujetos de distintas nacionalidades que hablan de la re inserción en su país luego de largos años de exilio. Entre estos testimonios de retornados, algunos afirman que mientras en el exilio por lo menos tenían la ilusión de pertenecer a algún lado, de tener un lugar propio esperándolos al cual eventualmente se podía regresar, una vez de vuelta en su país se ha perdido todo, ya no hay siquiera una ilusión a la cual aferrarse y no queda otra opción que aceptar que la patria ha muerto y que en cualquier lugar en que uno se encuentre se está condenado a ser extranjero. Ghanem explica muy bien este proceso:

Returnees finally accomplish their desire to repatriate, to "be back home". Nevertheless, their understanding of their home country has been imperceptibly yet irreversibly transformed by their exile experience, just as the passage of time and local events have changed the stayees. The feeling of well-being they expected to experience upon return and the idealisation of the home country which allowed them to cope with the anxieties of exile, crumble following the realisation that the home social environment appears to have changed, not only because the country has indeed been subject to tremendous changes, but also due to the transformations they themselves have undergone during a protracted exile (...) This feeling can be particularly distressing for refugees, as they had already experienced two partings: the original severance from the home country at the time of fleeing, and the loss of the emotional attachments developed in the host country during exile. Returnees believed that their repatriation would allow them to re-achieve the feelings of belonging they lost subsequent to their flight; yet their return results in a third loss, this time experienced in their own home country. One returnee explains: "A very ambivalent

sensation: that of having recovered something I desired for a long time and only to have lost it at the moment I recovered it (...) I do not even have here what I had abroad: hope... It's like a mirage that disappears when you touch it" (51).

Un segundo testimonio de otro de los retornados dice:

I made my homecoming as traumatic as my flight. I understood, and I had to face for the first time, that there was no returning home. Home was lost as a physical and emotional place, and all roots seemed severed. (...) I had been able to live and adapt in exile, only because I thought I could go back to my country (...). But instead of finding home I realised I had gone all that way only to say good-bye to my country, to my father and to my illusions (52).

Para los retornados que no logran reintegrarse a la sociedad (cosa que, por supuesto, no ocurre en todos los casos), las raíces, que hasta entonces se hallaban firmemente posicionadas, son removidas y es allí donde se desencadena el verdadero cuestionamiento identitario. Sin embargo, ¿qué sucede con aquellos que, en el momento de la expulsión, no tenían aún un sentido de pertenencia verdaderamente desarrollado? Sin duda, la infancia es la época en la que nos formamos como individuos, en la que se determinan los rasgos de nuestra personalidad y en la que, en circunstancias normales, desarrollamos el sentido de apego y pertenencia a un lugar.

El relato de Paula Larraín se inicia cuando ella viaja a Chile por primera vez con su hijo, quien preocupado le pregunta si acaso está segura de haber comprado el pasaje de vuelta. La autora comprueba sorprendida que, a pesar de no haberle contado mucho acerca de su historia y de la situación de Chile por considerarlo aún muy pequeño, éste ha logrado entender que una vez que su madre abandonó su país nunca tuvo la posibilidad de regresar, y teme padecer el mismo destino. A pesar de ser tan pequeña al momento de su llegada a Dinamarca, Larraín ya sentía las diferencias que se hacían notar inmediatamente con los niños daneses, que en el colegio la rodeaban a la hora de almuerzo para mirar con sorpresa sus sandwiches de pan blanco, cosa que en Dinamarca nadie daría de almuerzo a sus hijos. Esta anécdota, junto con muchas otras del mismo estilo, ilustran lo que es vivir en un país con costumbres tan distintas, donde no hay ninguna

posibilidad de que la diferencia entre unos y otros pase desapercibida. Sin embargo, a pesar de estas diferencias, los hijos de exiliados evidentemente lograban adaptarse mejor que los padres, les costaba menos aprender el idioma y hacer amistad con los lugareños. Larraín nos narra cómo ella y su hermana vivían una doble vida, dividida en dos espacios: la casa, el espacio de la familia, del español, que representaba la identidad chilena incuestionable, su calidad de pasajeros en tránsito, las costumbres de la infancia, las raíces nacionales. Otra cosa era salir al resto del mundo, donde se iba al colegio, se hablaba danés, se aprendían las canciones y las tradiciones ajenas y se interactuaba con un mundo abierto, heterogéneo, cosmopolita.

A pesar de ello, la crianza marcada por el exilio no se trataba solo de los desencuentros con el mundo ajeno, en el caso de Paula Larraín también al interior del hogar la vida familiar estaba determinada por las circunstancias terribles, los padres siempre estresados, siempre en lucha contra el mundo desconocido y adverso, se volvían más irritables, agresivos, impacientes, o incluso indiferentes y deprimidos. Respecto de su mamá, Paula dice: “Cuando niña no sentía la profundidad de su lucha interna, solo podía presentirla cuando alcanzaba la superficie en forma de histeria, usualmente durante las discusiones con mi papá” (85). Las relaciones con los padres estaban siempre determinadas por la evolución de la situación política en Chile. Así, cualquier noticia esperanzadora significaba un buen día, un abrazo cariñoso, risas y juegos, mientras que las noticias negativas, que, por lo demás, eran la mayoría, desencadenaban el llanto y la desesperación. Los hijos de los exiliados no tenían otra opción sino compartir el sufrimiento de sus padres. Aun cuando quizás fueran demasiado pequeños para comprender la gravedad del asunto, cuestionar la nacionalidad no era una opción. Larraín cuenta cómo, a medida que transcurrían los años, en las discusiones en las que los padres criticaban a los daneses ella se iba poniendo cada vez más defensiva respecto de sus nuevos amigos, de su nueva lengua, de su nuevo país, lo cual producía la rabia incontenible de su padre. Eran chilenos, no cabía duda, y en cualquier momento la dictadura acababa y volvían a casa. El mundo estaba dividido en “ellos” y “nosotros”, e insinuar siquiera la voluntad de cambiarse de lado y defender a “los otros” era un insulto, una traición. La identidad de quienes se criaron en un país que no era el suyo desde muy niños, se desarrollaba presionada entre estos dos mundos, no existía la libertad de

apegarse a lo que se sintiera como más conocido o más cercano, porque se debía fidelidad a la causa, a los compañeros, a la patria.

Asimismo, las circunstancias determinaban que la niñez se acabara temprano: era necesario madurar para poder enfrentar la situación, para plantarse frente a un país ajeno con la responsabilidad que implicaba el asilo político, responsabilidad similar a la que se nos pedía a mí y a mi hermano a la hora de hacernos prometer que guardaríamos un secreto que tanto pesaba. Para Paula y su hermana María se habían acabado los motivos legítimos para estar tristes, si se caían y se raspaban la rodilla, si las molestaban en el colegio, si se sentían solas, ya no llegaban corriendo donde sus padres a buscar consuelo pues sabían que aquel derecho se había terminado. En Chile los compañeros sufrían horrores inimaginables, y la culpa del exiliado se manifestaba en sus padres de modo tal que ellos no tenían ningún derecho a lamentarse por nada, habían zafado de las garras de la persecución, tenían buena salud y una condición de vida mejor que tantos otros. Las penas y las lágrimas debían ser reprimidas, pues eran un motivo de vergüenza. En *No pasó nada* de Antonio Skármeta, una de las obras más conocidas de la narrativa chilena del exilio, Lucho, el protagonista, dice: “No me gusta decir de mí mismo que era un ‘niño’, porque mi papi nos dijo que desde ahora en adelante se había acabado la niñez para nosotros” (44).

A pesar de haberse adaptado a la nueva vida y de tener un buen desempeño a nivel académico y posteriormente en el mercado laboral, en más de alguna ocasión Paula recibió quejas de parte de sus cercanos respecto de su forma de actuar; algo en ella no encajaba con el resto y terminó por distanciarse de varios amigos sin que ella pudiera entender qué era lo que les molestaba:

No fue hasta muchos años más tarde que pude entender qué era lo que pasaba, que se trataba de pequeñísimas diferencias culturales. No tenía importancia para la mayoría, pero fue lo suficientemente significativo como para que en un momento perdiera toda mi autoestima y más de 10 años más tarde tuviera que definirme a mí misma (151)².

² Las citas del danés me pertenecen.

Una vez que su familia hubo abandonado Dinamarca, los cuestionamientos acerca de su identidad dividida se hicieron más intensos, hasta el punto de caer en una terrible depresión de la cual se demoró años en salir. “Estaba totalmente sola en Dinamarca, no tenía hogar y no me sentía en casa en ninguna parte. A partir de ese día la vida comenzó a doler terriblemente y no pude dejar de llorar” (29).

Por su parte, la obra de Skármeta retrata varios de los conflictos testimoniados por Paula Larraín. Así, por ejemplo, el joven protagonista, habla del terror de la llegada del correo, diciendo:

Si ustedes creen que esos días lo pasé bien se equivocan, lo pasé pésimo. Cuando llegaba a la casa, era fijo que la mamá estaba llorando. Y no era porque estuviese cocinando cebolla. Llegaban unas cartas de Chile que eran como para desaguar todo el estanque. Yo prefería, eso sí, que la mami llorara, porque, lo que es mi papi, no lloraba nada, pero agarraba a patadas los muebles, y cuando nosotros estábamos a mano, nos tiraba su coscorrón perdido (...) Lo que es cierto es que no hay carta desde allá donde no falte un nuevo compañero muerto o preso. Yo agarré la costumbre, los sábados en la mañana, de abrir el buzón, y si hay cartas, no las entrego hasta el lunes. Así por lo menos el papi y la mami no se amargan el fin de semana. El día que el papi sepa, seguro que me va a poner *knockout* (37).

Grínor Rojo analiza la breve novela skarmetiana destacando otro de los factores que comentaba Larraín, y que es la división de los dos mundos: dentro y fuera del hogar. Rojo distingue el espacio de la casa como dominado por la figura del padre, un padre representativo de un sujeto colectivo padeciendo del exilio, un espacio que evoca todo lo relacionado con la tierra natal, con las costumbres chilenas y con un tiempo en que su infancia se encontraba inserta en una etapa del capitalismo aún subdesarrollado. A esto se opone la calle, caracterizada por la presencia de Sophie, la noviecita traidora rodeada de la música electrónica como expresión de la cultura de masas. Junto a ella está también Michael, hermano de un joven al cual Lucho ha golpeado y que está determinado a cobrar venganza. La motocicleta, chaqueta de cuero y enormes lentes de sol, hacen de Michael un sujeto digno del Berlín como capital moderna y del tiempo del capitalismo desarrollado. Así, la disyuntiva en que se encuentra Lucho como hijo de exiliado está entre las dos fuerzas que

presionan: por un lado su padre le pide contención, pues estando en un país ajeno cualquier infortunio podría significar la expulsión, y, por el otro, Sophie y Michael lo incitan a la integración. Con fuerzas tirándolo hacia lados opuestos, Lucho se niega a optar por una u otra y a ser desgarrado por la disputa, y elige, según indica Rojo, la salida “dialéctica”:

Desechadas la contención, por ilusoria, y la integración, por no deseada, a Lucho no le queda más salida que la de fabricarse él mismo una salida (...) En vez de privilegiar una u otra de tales propuestas, la que de adoptarse ciegamente haría de su conducta existencial un acaecer sólo reproductivo, el joven acabará produciendo (se) él su adolescencia (120).

Concluye Grínor Rojo:

Lo que habría que destacar en resumidas cuentas es que Lucho no renuncia al mundo en el que está, Berlín, pero que tampoco renuncia al mundo del que viene, Santiago. Que no desecha el advenimiento de su adolescencia, los tenaces requerimientos que le hace su cuerpo pujante, pero que tampoco desecha su niñez, las memorias de su vida anterior, la consecuencia con un pasado que él no forjó, aun cuando también –y harto lo sabe– le pertenece. Todo eso lo reúne y lo tamiza; lo capta y lo selecciona. Con eso construye su existencia de hoy: la existencia, cabal y plena, de un *hombre* chileno del exilio (122).

No todos somos capaces de ese nivel de adaptación, no todos logramos la síntesis afortunada entre dos mundos. Yo no soy hija de exiliados, mi experiencia no es la misma, yo me encuentro desde muy pequeña en un país que pertenece por lo menos a uno de mis padres y que, como tal, debiera de producirme algo más de confianza. Sin embargo, aquí no es donde nací, este no es mi primer idioma y este es el país que está al otro lado del mundo de dónde se encuentra mi familia danesa y mis recuerdos de infancia. Si los hijos de exiliados tienen conflictos entre el lugar de origen y el lugar de residencia, yo tengo un conflicto entre dos orígenes. Por motivos políticos mi familia paterna abandonó el país repartiéndose por el mundo y dejándonos aquí solos a nosotros que, por motivos políticos, habíamos venido.

Paula Larraín habla también de cómo al intentarle explicar a sus amigos daneses su bipartición interior, estos no entendían. Frases como “pero si

llegaste tan chica, esto es todo lo que has conocido, de Chile probablemente ni te acuerdas, eres tan danesa como cualquiera” desacreditaban el conflicto y aumentaban aún más su sentimiento de incomprensión del medio que la rodeaba. Es cierto que mientras menor sea uno al momento del desplazamiento, menores serán los problemas para adaptarse, pero el conflicto no termina ahí. Cuando yo llegué de Dinamarca, chica, pero hablando un danés perfectamente fluido con el cual entré de sopetón al colegio donde no entendía una sola palabra, mi país no se quedó atrás, un pedacito de Dinamarca me siguió siempre a través de la crianza de mi mamá, con quien, hasta hoy, me parecería totalmente ajeno hablar cualquier otra cosa que no sea danés. Para las primeras semanas mi mamá hizo una lista de cómo sonaban las palabras más importantes que le pasó a las “tías” del colegio, ellas se iban a encargar de enseñarme a hablar en español ya que lo único que yo sabía decir era “papá”. Las cosas no se dieron con la facilidad que mi mamá esperaba; cuando me apuntaban un objeto y me decían su nombre en español yo enojada gritaba “nej!” (“¡no!”) y repetía su nombre en danés. Nadie tenía que venir a enseñarme que todo lo que yo había usado hasta entonces para comunicarme de repente ya no servía. Estando en Dinamarca, mi mamá se desesperaba por no poder consolarme cuando yo pedía llorando a mi papá, que se encontraba en Chile, y aquí se desesperaba del mismo modo cuando yo, llorando, pedía que nos fuéramos a la casa. Eventualmente aprendí a hablar español al menos lo suficiente para poder comunicarme con los demás niños, pero yo hablaba raro y era muy blanca y en general distinta, y creo que mis capacidades sociales se modificaron de modo irreversible; pasé de ser una niña muy alegre que tenía muchos amiguitos en el jardín en Copenhague, a estar sola en un colegio de La Florida.

Ya han pasado muchos años y tengo confianza en que la gente no puede reconocer que soy extranjera según como hablo, pero el tema del idioma nunca perdió relevancia, al menos para mí. Mi hermano menor apenas vivió un mes en Dinamarca sin guardar recuerdos de ello, y hoy por hoy no creo que sienta mayores conflictos con su procedencia. Al comienzo, ambos hablábamos solo danés con mi mamá, español con mi papá y español entre nosotros, pero paulatinamente el danés que hablábamos con ella fue tomando prestadas algunas palabras del español de modo que finalmente resultaba una mezcla de ambos idiomas que solo nosotros hubiéramos podido entender. Mientras que mi hermano ocupaba cada vez más palabras chilenas, yo le pedía a mi mamá que me corrigiera cuando

no podía recordar las palabras en danés, negándome desde el comienzo a olvidar mi lengua materna. Hoy mi hermano le habla principalmente en español a mi mamá y ésta le sigue respondiendo en danés. Yo, por mi parte, pienso más en danés que en español, si me toca repartir las cartas en mi mente cuento en danés, si me pego lanzo un garabato en danés y muchas veces me cuesta reconocer si estoy diciendo un dicho en español o estoy haciendo una traducción literal de un dicho danés que, por lo tanto, nadie va a entender. Nunca fui al colegio en Dinamarca, y cuando vinimos a Chile mi mamá tenía mucho trabajo y no tuvo tiempo de enseñarme a leer y a escribir, pero sí me leía todas las noches libros infantiles que había traído de Dinamarca. Así, viendo las letras y escuchando lo que ella decía fui capaz de aprender a tal punto de poder trabajar hoy haciendo traducciones de cuentos infantiles del danés al español. Sin embargo, nunca quise intentar leer algo más extenso o más complejo, nunca leí una novela en danés por miedo a fracasar. Mi identidad confundida no podría soportar darse cuenta de que no podía, que no sabía, que no era suficientemente danesa como para poder leer. Para mí, que lectura es una parte tan fundamental de la vida, hubiera sido simplemente catastrófico. Para hacer este ensayo decidí leer el libro de Paula Larraín y me enfrenté por primera vez a un libro de más de doscientas páginas como un verdadero desafío. Empecé con las manos temblando, la mandíbula apretada y un nudo en la garganta, que se iba deshaciendo en lágrimas que rodaban por mis mejillas a medida que me daba cuenta que leía en danés casi a la misma velocidad que en español, y a medida también que me sentía absolutamente identificada y comprendida por los dolores que describía la autora. Lo que parecía potencialmente catastrófico terminó siendo una suerte de catarsis.

Pero bueno, no solo era mi idioma el distinto, o lo que comía, o cómo me vestía, también mi apariencia en general no era la de una niñita chilena. Así, un día que mi mamá llegó a la casa del trabajo me encontró en el baño llorando y diciendo que quería ser como mis compañeros cuando ya había logrado pintarme todo el brazo con un plumón negro permanente. El resto de mi vida escolar transcurrió con relativa calma, aunque nunca se superaron las diferencias que tenía con mis compañeros y nunca pasé a ser totalmente una de “nosotros”. Ser distinta era algo terrible, que no dejé de ser jamás. Durante los primeros años viajábamos muy seguido a Dinamarca a visitar a la familia pero eventualmente el costo económico nos impidió seguir haciéndolo, y eran mis familiares quienes debían viajar para acá a visitarnos. Hace pocos años tuve la oportunidad de viajar de

nuevo y ¡cómo me corrían las lágrimas al recorrer las calles de Copenhague después de tanto tiempo! Los olores, colores, el oír gente hablando en danés alrededor mío, los paisajes, los palacios con sus cúpulas verdes, los parques, la casa de mi abuela, mi abuela. Copenhague es para mí el lugar idealizado, aquel que solo relaciono con recuerdos de infancia o épocas de vacaciones, el país más desarrollado con la comida más rica y la gente más amable, el paraíso perdido.

En uno de los viajes que hicimos hace ya muchos años –anterior al 9/11, por lo demás–, cuando nos hallábamos en el control de seguridad para ingresar a Dinamarca, el señor que estaba antes de nosotros en la fila, al tocar su turno, simplemente pegó su pasaporte abierto en la ventana del controlador y dijo con voz segura “rod grod med fløde pã”, nombre de un postre danés que en su pronunciación implica todos aquellos sonidos imposibles de reproducir para quién no sea un hablante nativo de la lengua. Y bueno, yo puedo decir eso, del mismo modo que no tengo problemas para pronunciar algunas de las palabras que a mi mamá, a pesar de sus largos años en Chile, le cuestan. A veces pienso que incluso me gustaría tener un acento, por muy descabellado que parezca, algo que indicara que hay una procedencia alternativa, que no soy de aquí o no soy de allá. Me molesta que desacrediten lo que siento, me molesta que me digan que exagero y me molesta también cuando alguien comenta que debería estar “agradecida” de Chile. ¿¡Agradecida!? ¿Por qué? Es cierto que los chilenos son amables con los extranjeros. Bueno, no, no con los extranjeros, con los europeos o estadounidenses sí. Esa amabilidad aduladora que no es más que malinchismo chileno, una suerte de “discriminación positiva”, cuando uno lo único que quiere es ser aceptada, que te estén recordando que eres distinta no es ningún favor, ni siquiera si distinto significa estúpidamente “mejor”. Respecto a la situación legal tampoco tengo mucho que agradecer: mi papá recuperó su identidad el 2004 y recién en 2012 tuve mi audiencia en la cual se me concedió cambiar mi acta de nacimiento y, por lo tanto, adoptar el apellido de mi papá y, por consiguiente, la nacionalidad chilena. He sido enterrada bajo una montaña de burocracia, pero que no se niegue que cada funcionario con el que he hablado ha sido particularmente amable conmigo, porque incluso alegar impacientemente es algo que hago como una niña rubia y blanca que evidentemente es de otro país, ¡y ojo que a los extranjeros en Chile se los trata bien!

Hoy por hoy en Chile tengo gente, y sí, la cordillera es bonita, y sí, el vino, los mariscos, qué sé yo, pero no me puedo sacudir el extrañamiento ni las ganas de volver. Paula Larraín dice: “Era como si me hubieran desgarrado a la mitad y como si me hubieran puesto un plumón pesadísimo que no me pudiera quitar de encima. Era difícil entender lo que pasaba. Sólo sentía extrañamiento y tristeza y no podía explicarle a mi entorno lo que estaba pasando” (157). La autora, que estuvo muchos años indecisa, deseando encontrar un lugar en el cual dejar el macetero con sus raíces, finalmente se casó y tuvo un hijo, con la esperanza de viajar a Chile a vivir con su nueva familia. Sin embargo, el matrimonio fracasó y Paula se vio ante el terrible evento que a mí tanto me asusta: estaba atrapada. No podía viajar lejos sin su hijo y no podía alejar a su hijo del padre, estaba condenada a quedarse en Dinamarca le gustase o no. Una vez que la autora logra superar la desesperación y aceptar su destino, su comentario es el siguiente: “cuando logré soltar Chile tampoco había aterrizado con los dos pies en Dinamarca, lo cual me dejaba en un limbo entre medio. El dolor se traducía en una infinita soledad del alma, que, dada la naturaleza del asunto, no podía compartir con nadie” (199).

Respecto de los exiliados, el estudio de Tania Ghanem cierra con una cita de Said: “just beyond the frontier between ‘us’ and ‘the outsiders’ is the perilous territory of not-belonging: this is to where in a primitive time peoples were banished, and where in the modern era immense aggregates of humanity loiter as refugees and displaced persons” (25). Escapar del territorio de la no-pertenencia implica una negociación entre las fuerzas que incitan a la integración y la resistencia a soltar el país de origen, es la dialéctica entre estos dos polos la que vuelve problemática la noción de “hogar”. Venir de un país para insertarse en otro es un estado, se es un extranjero, un pasajero, es una etapa, un dolor temporal. Venir de dos países es estar partido a la mitad, tener una identidad escindida, es una cualidad, a veces logrando ser dos cosas, pero la mayoría del tiempo siendo ninguna. No soy hija de exiliados pero soy de la generación que, en lugar de aprender canciones de niños, aprendió “El pueblo unido”... pero en danés. Ser un hijo de exiliado significa crecer con las maletas junto a la puerta, saber que se está condenado a estar echando de menos dondequiera que se esté en el mundo. Es fácil decir que las naciones tienen fronteras arbitrarias, que no es eso lo que nos define, pero si bien puede que no sea concretamente la necesidad de un país lo que hace falta, sí lo es al menos la necesidad del pedazo de mundo que es tuyo, que reconoces y

que te reconoce, el terruño al cual aferrarse. Venir de dos países es como no venir de ninguno, es tener un corazón irremediabilmente partido.

BIBLIOGRAFÍA

GARCÍA BARRERA, MABEL EGLE. “La narrativa chilena del exilio. Ruptura, desarraigo y búsqueda conflictiva de la identidad fracturada”. Tesis para optar al grado de Magíster en Literatura. Universidad de Chile. 2002. Impreso.

GHANEM, TANIA. “When Forced Migrants Return ‘Home’: The Psychosocial Difficulties Returnees Encounter in the Reintegration Process”. Tesis para optar al grado de Master of Science in Forced Migration. Refugee Studies Centre, University of Oxford. 2003. Impreso.

LARRAÍN, PAULA. *I morgen skal vi hjem*. Danmark: Lindhardt og Ringhof, 2003. Impreso.

POTOCNJAK MONTESINOS, JULIA CAROLINA. “Dictadura, Exilio y Retorno: Visión de una trilogía histórica”. Tesis para optar al grado de Licenciada en Historia, Universidad de Chile. 2003. Impreso.

REBOLLEDO, LORETO. *Memorias del desarraigo: testimonios del exilio y retorno de hombres y mujeres de Chile*. Santiago: Catalonia, 2006. Impreso.

ROJO, GRINOR. *Crítica del exilio*. Santiago: Pehuén Editores, 1987. Impreso.

SKÁRMETA, ANTONIO. *No pasó nada*. Barcelona: Editorial de Bolsillo, 1980. Impreso.

Recepción: 20.08.2013

Aceptación: 03.09.2013